

Discipulado de la Palabra
La experiencia del Resucitado con el Evangelio de Juan
(Quinta semana de Pascua)



(Fotografía: Garry Gay, "Grapes Ready for Harvest", 2011)

“Lo mismo que el sarmiento
no puede dar fruto por sí mismo...
Separados de mí
nada podéis hacer”
(Jn 15,4-5)

Quinta Semana de Pascua

Lunes

La gloriosa inhabitación de Dios en el corazón del creyente

Juan 14, 21-26

“Vendremos a él y haremos morada en él”

Seguimos con el capítulo 14 del Evangelio de Juan, que comenzamos a leer el viernes pasado y que ayer domingo repasamos con calma. Las anotaciones de esta semana serán un poco más extensas, no mucho, pero creemos que vale la pena. Hemos entrado en uno de los pasajes más entrañables del evangelio de Juan.

El ambiente, ya lo describimos, es el de la tristeza. Jesús, en una conversación tranquila y prolongada con sus discípulos sentados todavía en la mesa de la última comida con los suyos -que se convirtió en una cena de despedida-, está consolando sus corazones y

mostrándoles cómo vivirán las relaciones de discipulado con él a partir de la experiencia de la resurrección.

La conversación de Jesús con sus discípulos está amenizada por las preguntas o las solicitudes que ellos le hacen. Podemos distinguir tres:

- La pregunta de Tomás: “*Señor, no sabemos dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?*” (14,5).
- La pregunta de Felipe: “*Señor, muéstranos al Padre y nos basta*” (14,8).
- La pregunta de Judas (Tadeo): “*Señor, ¿qué pasa para que te vayas a manifestar a nosotros y no al mundo?*” (14,22).

El pasaje de hoy es la respuesta de la tercera pregunta. En ella, Jesús le muestra a sus discípulos (y a nosotros) de qué manera su glorificación no es un abandono de su comunidad, como si se creara una distancia entre el cielo y la tierra. Jesús dice contundentemente que sus discípulos no quedarán como huérfanos del Maestro sino todo lo contrario: completamente asistidos, resguardados y bien conducidos.

Las enseñanzas de Jesús que van apareciendo una tras otra, en una significativa secuencia, muestran que el Señor resucitado es la máxima cercanía de Dios, que el Maestro se ha quedado morando, no ya *junto con, al lado de*, sino *en, dentro de* los discípulos. Nosotros hoy podemos decir que somos más afortunados que los primeros discípulos de Jesús, quienes lo conocieron físicamente, en cambio nosotros lo llevamos dentro.

Cinco revelaciones de Jesús a sus discípulos

El amor de Jesús por sus discípulos es la premisa de cinco promesas que les hace:

- (1) El **Padre** y el **Hijo** vendrán a los discípulos y harán morada en ellos (14,23-24).
- (2) El **Espíritu Santo** estará con ellos y los instruirá (14,25-26).
- (3) En esta comunión con Dios les ofrecerá su **paz** (14,27).
- (4) También les compartirá su **alegría** (14,28).
- (5) ...Para que crezcan su **fe** (14,29).

Detengámonos en las dos primeras.

1. La inhabitación del Padre y del Hijo en el discípulo de Jesús

“Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (14,23).

Detengámonos en esta frase de Jesús:

La inhabitación de la comunión del Padre y del Hijo: una soledad “llena”

La presencia de Jesús en el caminar del discípulo, en el tiempo pascual, atrae también la de Dios Padre. Jesús no viene solo.

De hecho, si miramos otros pasajes del evangelio constatamos que Jesús le hace caer en cuenta a sus discípulos que Él no hay soledad: *“Yo no estoy solo, porque el Padre está*

connigo” (16,32); **“El que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo”** (8,29).

A todo discípulo le sucede lo mismo que a Jesús: su soledad es en la compañía de Dios. Quien ama a Jesús no está solo, no está perdido ni abandonado a su propia suerte. Aún cuando no sean visibles para sus ojos físicos, todo seguidor debe saber que Jesús y el Padre están a su lado.

Por eso hay que tomar conciencia en todo instante e incluso a la hora de la muerte -tiempo de profunda soledad y radical separación-, que Jesús y el Padre están a nuestro lado, que no nos dejan abandonados ni desprotegidos. El discipulado es un gustar cotidianamente esta amorosa compañía.

El futuro se anticipa: podemos vivir desde ya el cielo en la tierra

Nuestra vocación como criaturas de Dios es alcanzar la comunión plena con Dios en la eternidad.

Ahora Jesús hace caer en cuenta que esta comunión con Él y con el Padre no será solamente una realidad futura, cuando entremos a vivir en la morada que el Resucitado nos ha preparado en el cielo (**“volveré y os tomaré conmigo”**, 14,3), sino que es una realidad presente, aquí y ahora, que crece todos los días hasta la visión definitiva de la gloria.

Esto vale no solamente para los primeros discípulos, sino para todo el que cree en Jesús: quien ama a Jesús, se dispone a la venida del Padre y del Hijo, quienes harán morada en él y permanecerán en su vida por tiempo duradero.

2. Educados por el Espíritu Santo: él “viene”, “enseña” y “recuerda” (14,25-26)

“Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (14,25-26)

Hagamos tres puntualizaciones sobre el v.26:

El Espíritu Santo es un “Paráclito”, un asistente

Con el don del Espíritu comprendemos que no estamos solos, que contamos con una ayuda eficaz. No nos esforzamos por comprender la Palabra de Jesús solamente con nuestras fuerzas, sino que el Espíritu nos asiste, nos ayuda.

“El Padre (lo) enviará en mi nombre”

El Padre enviará el Espíritu como respuesta a su petición: “Yo le pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre” (14,16).

“Os lo enseñará todo y os recordará todo”

El Espíritu les entrega a los discípulos la totalidad del Evangelio, la Palabra de Jesús en la cual hay una profunda unidad. Así les inculca sus enseñanzas y les revela su rostro. Estos dos elementos continuarán siendo el camino de acceso a la persona de Jesús.

Su tarea es enseñarnos a “aprehender” a Cristo, es decir, a hacer el camino pedagógico de la comprensión, apropiación vital y vivencia de la Palabra de Jesús. Él no trae nuevas enseñanzas, porque toda la revelación ya se manifestó en la persona de Jesús. Su acción es referida a lo que Jesús ya dijo, recordándolo, profundizándolo e insertándolo en la propia vida, es decir, ayudando a encarnar el Verbo Jesús en nuestra historia.

Sin la guía del Espíritu Santo, verdadero Maestro del Evangelio, el discipulado es inviable. Cuando un discípulo es educado interiormente por el Espíritu Santo puede seguir con mayor fidelidad a Jesús, conduce mejor su proyecto de vida –sobre las rutas del Evangelio- y adquiere todo lo que se necesita para entrar en la comunión total con el Padre y con el Hijo. De esta forma el Espíritu nos introduce en la Trinidad plena, meta del camino de Jesús y de toda nuestra vida.

Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

1. La casa de Jesús (la comunidad) no queda desprotegida. Con todo, los discípulos plantean tres inquietudes profundas. ¿Cuáles son las más?
2. El evangelista Juan le da importancia a las preposiciones para explicar el cambio que opera la Resurrección de Jesús sobre la relación con los discípulos. ¿Qué diferencia hay entre el “junto con” (Jesús) y el “en” (Jesús)? ¿Qué implica para el seguimiento de Jesús?
3. ¿Cómo garantiza Jesús su “permanencia” con la comunidad en el tiempo en que ya no está “visible”, precisamente por la Resurrección?

Discípulos con paz en el corazón y llenos de alegríaJuan 14, 27-31^a

“Ha de saber el mundo que amo al Padre”

A lo largo del capítulo 14, a partir de las tres preguntas de los discípulos, Jesús corrige uno a uno los malos entendidos que éstos tienen sobre su partida y les revela cómo deben entenderla: reconocer su muerte como regreso al Padre y como el comienzo de una nueva forma de presencia en medio de ellos y del mundo. Su partida no es una desgracia, al contrario, trae nuevas bendiciones y promesas que habrá que acoger con atención y amor. El “ser discípulo”, en el tiempo pascual, supone básicamente escuchar, acoger y observar estas enseñanzas con una confianza total.

Ayer escuchamos las dos primeras promesas de Jesús. Detengámonos hoy en las consecuencias. Seguimos con la numeración comenzada ayer para que notemos la continuidad del pasaje.

3. Primera consecuencia de la comunión con Dios: Jesús comunica su paz (14,27)

“Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo” (14,27)

Veamos tres características de la paz de Jesús:

Su origen

Jesús les deja a sus discípulos “su” paz, esto es, la seguridad y la protección que solamente pueden provenir de Él.

Su fundamento

Esta paz no es solamente una palabra sino que se basa en los dos anuncios que acaba de hacer Jesús: la comunión con el Padre y con el Hijo, que nos habita, y la presencia del Espíritu Santo, quien nos guía. La paz brota en la vida de quien se sumerge en Dios y endereza su existencia por el camino del Evangelio.

Esta comunión es espacio vital de seguridad y protección. Si Dios está con nosotros, ¿qué podrá constituir verdaderamente un peligro para nuestras vidas? La comunión con Dios arranca de raíz las preocupaciones, los miedos, las inseguridades, tanto cuanto sea vivida y experimentada en la fe. Cuando Dios está en la vida de uno, todo es distinto.

Su consecuencia

Quien acoge la presencia de Dios Padre e Hijo en su vida, caminando todos los días bajo la guía del Espíritu Santo, enfrenta la vida de una manera distinta: con paz. Las vicisitudes propias de la vida cotidiana, que muchas veces causan desasosiego y perturbación, no nos encuentran desvalidos, como si no tuviéramos ayuda y sólido piso que nos sostiene. En otras palabras, las realidades de la vida nos sumen en angustia y temor, con razón dice: *“No se turbe vuestro corazón ni se acobarde” (14,27)*.

Recordemos el punto inicial: puesto que Jesús es el único que puede darnos la entrada en esta comunión con el Padre, Él y sólo Él es quien puede darnos esta paz.

4. Segunda consecuencia de esta gran comunión: Jesús comparte su alegría

“Me voy y volveré a vosotros. Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo” (14,28)

Con la “alegría” sucede como con la paz: la mayor alegría que hay es la del amor, cuyo fundamento último es la unión perfecta del Padre y el Hijo.

Como se vio antes, el amor por Jesús impulsa a los discípulos a observar su Palabra (14,23). Pues bien, este hecho debería impulsarlos también a alegrarse porque el Maestro se va.

La alegría de Jesús

Con su muerte Jesús vuelve a la casa del Padre (*“habiendo llegado la hora de pasar de este mundo al Padre”*, 13,1). Así Jesús llega a la plenitud del gozo: para Él no hay mayor alegría que la perfecta comunión con el Padre.

La alegría de los discípulos

Los discípulos deberían estar contentos porque Jesús llega a la plenitud de su bienaventuranza. Pero Jesús invita a sus discípulos a todavía más, a que se alegren incluso por sí mismos: el hecho que haya alcanzado su meta es para todos los seguidores una garantía de que también la alcanzarán. Los logros de Jesús son los logros de sus discípulos, ellos son los primeros beneficiados. Jesús los acogerá en su misma plenitud: *“Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros”* (14,3).

5. Estas promesas deben ayudarles en su fe

“Y os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis” (14,29)

Jesús le acaba de hablara a sus discípulos abiertamente, con toda transparencia, con un gran amor. Ahora se toma una pausa para que los discípulos reflexionen.

¿Qué hay que captar en lo que Jesús acaba de decir? El hecho de que el Maestro le exponga a sus discípulos tantos detalles no debe ser motivo de inquietud, sino más bien una fuente de fortalecimiento de la fe en Él.

Una aplastante derrota

“Llega el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder” (14,30b). La muerte de Jesús (y no es sino ver todos los detalles externos del relato de la Pasión) podría parecer la victoria del príncipe de este mundo y de las potencias de las tinieblas, el triunfo de sus adversarios que se han cerrado a Él; matándolo, en la práctica realizan la obra del demonio (ver 8,40-41).

Pero Jesús no es abatido por estos poderes externos, contra su propia voluntad. Él asume voluntariamente su propia muerte, porque sabe que es el camino que el Padre estableció para Él (ver atentamente 10,18).

Un sublime amor

“Pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (14,31^a). Su muerte es un signo de su amor por el Padre, que se manifiesta en la obediencia a su querer. Si el mundo debe darse cuenta de esto, mucho más deben hacerlo los discípulos. Creyendo, ellos deben comprender que la muerte de Jesús, que tanto les inquieta, es su retorno al Padre y la perfecta expresión de su amor por Él.

Una enorme seguridad

Con la evocación de la Cruz, Jesús le ha hablado a sus discípulos de lo que pasará antes de que el Espíritu Santo venga. Habló de sí mismo, pero también dice cómo deben asumir los discípulos la eventualidad.

Dos puntualizaciones:

Primero, Jesús debe ir al Padre antes que el Espíritu venga. Esto hará que los discípulos se alegren: *“Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo”* (14,28). En otras palabras: “Si me amarais, os alegraríais, porque lo que estoy haciendo es para liberarlos de la agonía, de las angustias, de las debilidades que ensombrecen sus existencias”.

Cuando a uno se le muere un ser querido uno debe pensar esto, que murió para entrar en la gloria. Pero se nos olvida entrar en el gozo y en la paz del Señor y comenzamos a sentir pesar de nosotros mismos. Pero Jesús dice: “Si me amarais, os alegraríais de que me vaya al Padre, porque desde la resurrección, en la que todas las limitaciones son superadas, yo les daré fuerzas para superar las vuestras”. Por eso el regreso al Padre debe ocurrir antes que el Espíritu venga.

Segundo, él Espíritu Santo vendrá después que el demonio –el príncipe de este mundo– sea vencido. El resultado es *“En mí no tiene ningún poder”* (14,30b). La victoria es absolutamente cierta, de ahí que los discípulos deben enfrentar la muerte con confianza.

En esto hay una lección para los discípulos “miedosos”. El Maestro dice: *“yo obro según el Padre me ha ordenado”* (14,31^a). Aquí hay un ejemplo del amor obediente con el que Jesús quiere que lo sigamos. Venceremos cuando coloquemos todos nuestros combates dentro del camino de obediencia al Padre como Jesús y en Jesús. Es ahí donde viene el Espíritu Santo para hacer real la presencia de Jesús, para explicarnos las palabras de Jesús, para concedernos la paz de Jesús.

Concluamos la lectura de este capítulo 14 de Juan orando:

*“Ahora comprendo, Jesús, que la obra del Espíritu
es la experiencia más maravillosa que pueda haber,
porque en él tú te estás quedando en mí
para llenar mis soledades e inseguridades,
para curar mis penas y mis temores,*

para vencer en mis combates.

Amado Señor, Dios encarnado por mí,

yo quisiera siempre estar contigo porque tú lo estás conmigo,

es más, estás en mí". Amén.

Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Con base en qué Jesús asegura que la Cruz será la derrota del Mal? ¿En qué me apoyo yo para derrotarlo?
2. ¿De qué manera concreta Jesús le expresa su apasionado amor al Padre? ¿Cómo se lo expreso yo?
3. ¿Con qué actitud deberíamos enfrentar la muerte: la de los seres queridos y la propia?

Nota: Sugerimos sacar un tiempo para leer el capítulo 14 de Juan completo, para poder captar así el unidad de la enseñanza.

Miércoles

Permanecer en Cristo (I): una unión vital

Juan 15, 1-8

“El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto”

Pasamos hoy a la lectura de la segunda parte del discurso de despedida de Jesús, que abarca todo el capítulo 15 hasta el versículo 4 del capítulo siguiente.

En Juan 15,1-8, Jesús usa el evocativo símbolo de la vid y los sarmientos. Para los oyentes de Jesús era fácil visualizar la enseñanza, observando cómo se cultiva, como crecía y cómo se producía la uva y la uva de la mejor calidad. Vamos entrar también nosotros en esta imagen.

Un nuevo contexto

El capítulo 14 terminó con la orden de Jesús a sus discípulos: “**Levantaos, vámonos de aquí**”. Jesús y sus discípulos terminaron la última cena y salieron hacia el Monte de los Olivos pasando por los viñedos que crecían alrededor de Jerusalén en esa época.

Recordemos que era la víspera de la fiesta de la pascua, la fiesta de la luna llena. A esa hora la luna brillaba intensamente sobre los campos que rodeaban la ciudad y los discípulos podían distinguir el camino mientras bajaban por la hondonada, rodeando las murallas de Jerusalén, podían contemplar los viñedos e incluso verse las caras mientras iban conversando con Jesús.

Sin duda los discípulos estaban tratando de comprender mejor las enseñanzas de Jesús mientras estuvieron sentados en la sala de la última cena. En varias ocasiones Jesús les había anunciado su regreso al Padre a través de su muerte. Esto los había dejado tristes e turbados en sus corazones. Jesús les había hablado de la venida del Espíritu Santo, quien ocuparía su lugar y, de una forma extraordinaria, los conduciría de nuevo hacia Él.

Esto debía haberlos dejando con nuevas preguntas. Sobre todo una frase que a lo mejor debía estar martillando en ellos, era: “**vosotros en mí y yo en vosotros**”. Esta era la implicación de lo dicho en 14,23: “**Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él**”. Todo esto se sintetiza en la palabra “Permanecer”.

Los discípulos están sorprendidos, se trata de algo novedoso y al mismo tiempo grandioso: “**Vosotros en mí y yo en vosotros**”. ¿Qué significa esto? Jesús explica: “**Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado**” (15,1-3). Veamos las ideas fuertes:

1. Los personajes de la alegoría

Jesús: la “vid verdadera”

“*Yo soy la vid verdadera*” (15,1^a). Jesús se contrasta a sí mismo con el bien conocido símbolo de pueblo de Israel que la vid.

El orante que escribió el Salmo 80 fue bien claro cuando se refirió al Pueblo de Israel comparándolo con una vid: “*Una viña de Egipto arrancaste y la plantaste en esta tierra*” (v.9). En el capítulo 5,7 del profeta Isaías encontramos también una preciosa descripción de la “*viña del Señor de los ejércitos*”, de cómo Dios le preparó el terreno, la cuidó e hizo todo lo que pudo para que diera los mejores frutos, pero cuando vino a buscar estos frutos no encontró sino uvas pasmadas, encontró agraces.

En las palabras “*Yo soy la vid verdadera*”, Jesús no está diciendo que el Israel bíblico sea una falsa vid. Lo que quiere decir es que Él es la verdadera vid de la cual el pueblo de Abraham fue un símbolo, una imagen. Es decir, que es Jesús quien produce al final el fruto que Dios ha estado buscando a lo largo de la historia.

El Padre: “el viñador”

“*Mi Padre es el viñador*” (15,1b), el agricultor. Una pequeñísima anotación técnica, el término griego “georgós” (de donde el nombre “Jorge”), describe la actividad de un jardinero. Sabemos de todo el cuidado, la concentración y el empeño con que trabaja un jardinero. Pues así es la obra de Dios Padre, él es el jardinero que se ocupa de su viña.

Los discípulos: “los sarmientos”

En el v.5, Jesús compara a un discípulo suyo con la rama de una vid: “*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*”, y enseguida explica que hay dos tipos de ramas: las ramas que dan fruto (15,5b) y las ramas que no dan fruto (15,6). Por lo tanto los discípulos de Jesús podemos ser clasificados en dos tipos. La diferencia está en el producir fruto o no.

2. La obra del Padre como viñador

Se mencionan dos tareas:

La primera obra de Dios Padre como viñador es cortar, arrancar (literalmente), la rama que no da fruto: “*Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta*” (15,2a).

Quizás pueda ser iluminador aquí el pasaje de 1 Jn 2,19: “*Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros*”. Podríamos releer este texto a la luz de las deserciones que eventualmente constatamos.

La segunda obra de Dios Padre es limpiar las ramas que sí dan fruto. Esto lo hace con su Santa Palabra: “*Y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé mas fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado*” (v.2b-3). Cuando se

retiran bien los frutos se pueden recoger después más y mejores. Quien sabe darse a los demás, le vienen más dones y tiene luego mucho más.

Lo propio de un discípulo es estar siempre dando más y más frutos. Para ello la Palabra de Dios va haciendo su trabajo interno: se va volviendo en savia de vida que fructifica en muchos signos de superación y crecimiento; esta es la manera como poco a poco vamos mejorando y pareciéndonos cada vez más a Jesús.

3. Los primeros grandes frutos

El primer gran fruto: la oración eficaz

En una vida comprometida de esta manera (sobre esta base de la relación justa y amorosa con los demás) la oración (la petición: lo que se espera de Dios) se vuelve eficaz: **“Pedid lo que queráis y lo conseguiréis”** (v.7b). En otras palabras, los esfuerzos que estamos esperando realizar alcanzan sus logros. Y esto porque nuestra vida está en sintonía con el querer de Dios. La eficacia de la oración está condicionada al plan de Dios, un plan que conoce quien está en comunión de vida con Jesús. Esto significa:

- (a) vivir lo que Jesús nos ha prometido en su Buena Noticia, y
- (b) llevar a cabo su obra en el mundo.

(a) Notemos que en el texto Jesús dice **“mis palabras”**, para ello no utiliza el término griego “logos”, que indica la Biblia entera, sino “rhema”, que indica las promesas específicas de Jesús. Esto es precisamente lo que hay que pedir. No olvidemos que la oración y la Palabra de Dios van juntas: la Palabra nos describe el amplio cuadro de la obra de Dios en el mundo, lo que él hace para nuestra salvación, para nuestra plenitud como criaturas suyas. Esto es lo que nos ofrece como promesa. La oración no es una manera de arrancarle a Dios lo que yo quiero que él haga, sino pedir que haga lo que prometió hacer. Por eso hay que orar en sintonía con la Palabra: **“Si mis palabras... pedid... lo conseguiréis”**. A veces puede tomar algo de tiempo, pero ciertamente lo hará.

(b) Si miramos el contexto del discurso de despedida de Jesús (Juan 14-16) notaremos también que cuando Jesús habla de la oración no se refiere a cualquier tipo de petición. Constantemente se refiere a la oración que implora la fecundidad de la misión (que al fin y al cabo es la obra transformadora del mundo). Leamos Jn 14,12-14. Una vez más queda claro que la fecundidad de evangelización (y todo esfuerzo por transformar el mundo) depende en última instancia de la comunión con Jesús y de la obra del Padre.

El segundo gran fruto: el glorificante testimonio

El texto concluye con la frase: **“La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos”** (v.8).

Podríamos decir que aquí está la síntesis todas las enseñanzas. Se comenzó con la obra del Padre (una especie de nuevo génesis en la vida pascual del cristiano, como se describió en el v.2: **“Mi padre es el viñador”** que trabaja por la viña **“para que de mas fruto”**) y se termina con la **“gloria del Padre”** en la plenitud de la vida (ver el v.6 que se refiere al final de los tiempos). El Padre está en el origen y en el culmen de todo.

Un discípulo le da “*gloria*” al Padre, es decir, revela su verdadera realidad de Padre generador de vida. La manera de evidenciarlo es: (1) viviendo en comunión con Jesús – que es la plenitud de vida- en la dinámica del discipulado y (2) convirtiéndose en un valiente apóstol que esparce frutos de vida por doquiera que va. Notemos que hay un “hacia dentro” y un “hacia fuera”, en la dinámica del hombre nuevo creado por Dios.

Los dos aspectos van juntos y configuran una vida de glorificante testimonio. Por el estilo de vida de los discípulos, por el gozo, el amor y la paz que irradian –que son los dones pascuales de Jesús- , por su compromiso concreto a favor de la vida en el mundo, los discípulos atraen a mucha gente hacia esta novedosa experiencia de Dios.

Y en esta fecundidad misionera que hace del mundo la viña –el jardín de la vida- que Dios siempre quiso, “*el Padre es glorificado*”, es decir, es reconocido y acogido por el mundo como “Padre” generador de vida.

Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Por qué Jesús pronuncia la alegoría de la Vid y los Sarmientos? ¿Cuál es el tema?
2. ¿Cuál es mi lugar en comparación? ¿Qué es ser discípulo de Jesús?
3. ¿Cuál será el fruto que el Señor está esperando de mí a partir de la Palabra que estoy escuchando hoy?

Permanecer en Cristo (II): una unión en el amor

Juan 15, 9-11

“Permaneced en mi amor”

Ayer comenzamos a abordar la obra que el Padre está haciendo en nosotros para que generemos vida. El Señor quiere nuestra integridad de vida, nuestra santidad, que no haya tristeza ni decepción sino serenidad, amor y alegría.

Ya en 15,4 se dijo la palabra clave: “Permanecer”. Los vv.4-5 dicen: “**Permaneced en mí, como yo en vosotros... porque separados de mí no podéis hacer nada**”. Esto quiere decir que la clave está en el “permanecer” en Cristo, he ahí el núcleo de la obra del Padre en nosotros.

Al pasar a la nueva sección de Juan 15,9-11, se da un paso adelante: la dinámica del amor aparece con todos sus protagonistas, en su doble movimiento de ser amado y amar, y con el resultado final de esta experiencia:

- El amor fundante o “amor primero” (v.9a)
- La respuesta al “amor primero”: “permaneced en mi amor” (vv.9b-10)
- El resultado del amor: la plenitud de la alegría (v.11)

En este pasaje vamos a ver la centralidad de Jesús: de qué manera él nos “pertenece” y cómo se le “pertenece” a Jesús. Lo cierto es que si esto sucede, su vida en nosotros comenzará a producir el fruto del Espíritu Santo en nuestras vidas.

1. El amor fundante o “amor primero”: Ser “amado”

El amor recibido es el que nos hace capaces de amar. Es así como Jesús nos cuenta el secreto de su vida, de su alegría, de su fecundidad misionera, Él dice: “SOY AMADO”: “**Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros**” (v.9). Igualmente el discípulo el discípulo es uno que ha sido amado, también debe presentarse diciendo “YO SOY UNO QUE HA SIDO AMADO”.

Cuando Jesús dice esto, se está refiriendo a tres cosas:

- El origen del amor: hay un río de amor divino que viene del corazón del Padre, que desciende a través del Hijo y llega a los discípulos. Todo amor auténtico viene de Dios.
- El modelo del amor: el amor del Padre por el Hijo es la fuente y el modelo del amor de Jesús por sus discípulos.
- La intensidad del amor: el “**así como**”, con el cual Jesús empieza su frase, implica también que el amor entrañable del Padre y el Hijo, que es el más estrecho posible, que es perfecto y que viene de la eternidad (ver Juan 1,1.18), es el amor que Jesús le ofrece a su discípulo.

La primera frase de Jesús es importante, podríamos releerla así: “no importa si las mediaciones del amor en el mundo han fracasado (tus padres, tu marido, tus superiores), el que es la fuente del amor (que pasa a través de esas mediaciones) está ahí amándote;

date cuenta de cuánto tu Padre Dios te ama en Jesús; tú le perteneces; el Padre te ama, Jesús te ama; tú eres precioso a sus ojos; la obra de Jesús en ti hoy es ayudarte a descubrir todo lo que el Padre Dios ha hecho por ti, él te devuelve tu humanidad”.

2. La respuesta al “amor primero”: “permaneced en mi amor” (vv.9b-10)

El amor pide reciprocidad. Para la amistad se necesitan dos. Por eso, la frase siguiente de Jesús es una invitación a responder al amor.

Jesús se refiere a tres decisiones que debe tomar el discípulo con relación a él:

- Primera decisión: Dejarse amar.
Permanecer en su amor es insertarse en El, es entrar en una estrecha comunión de vida con El, acogiendo todos los signos de su amor, es decir, dejándose amar tal cómo el ha querido hacerlo con nosotros. La relación con Jesús no puede ser abstracta, supone la toma de conciencia de las formas concretas como nos ha amado y nos sigue amando.
- Segunda decisión: Actuar según el querer de Dios.
Permanecer en su amor es querer lo que El quiere. Al amor “primero” se le responde con obediencia. “Obedecer” es saber responder, eso significa que se ha captado el mensaje del amor y se entra en una increíble sintonía en la acción. En otras palabras, cuando uno ama a alguien siempre quiere hacer lo que le agrada, quiere verlo feliz. Esa es la respuesta esperada que Jesús expresa como “guardar sus mandamientos”.
- Tercera decisión: Ser como Jesús.
Permanecer en su amor es darle solidez a toda nuestras relaciones, dándoles la fuerza interna del amor del Hijo que permaneció en el amor de Padre, también él por la vía concreta (y no sentimental) del “guardar sus mandamientos”. El tipo de respuesta que Jesús le dio al amor del Padre es el modelo de la respuesta de la respuesta de los discípulos al amor de Jesús (hay que leer todo el evangelio para verlo en concreto). A Jesús se le ama –uno se “inserta en él”- encarnando la manera como él acostumbraba responderle al Padre: con su praxis del Reino.

Estas tres decisiones del discípulo frente al amor recibido, no son momentos puntuales, sino acciones constantes, es la manera como se cultiva la “responsabilidad” (esto es la respuesta al amor). El amor se basa en la responsabilidad.

Con alguna frecuencia constatamos hoy dos problemas que tienen que ver con lo que Jesús está enseñando: (1) la inconstancia en el amor y (2) la irresponsabilidad. Con relación a la primera, notamos que las relaciones (de pareja, de amistad, los votos) se han vuelto desechables, trayendo inmenso dolor a las partes y dejando secuelas que se arrastran toda la vida, deteriorando todo el entorno relacional. Las relaciones son frágiles y en muchos casos prácticamente “in-sostenibles”. Con relación a la segunda, notamos también que el sentimiento prima sobre el compromiso.

Frente a esto Jesús dice: “*permaneced*”, o sea, “tú sufres porque tu verdadero interés ha sido el de amar de verdad, sufres porque tu corazón de oro ha sido lastimado; hoy te digo que sí es posible construir relaciones sólidas, estables; no eres el objeto de la carencia de alguien que te utilizó para satisfacerse y luego desecharte; no eres más la víctima de una inmadurez tuya o de tu amigo, que te llevó a tomar decisiones equivocadas; te invito a experimentar la solidez, la intensidad, la constancia, la

satisfacción, la felicidad que caracteriza mi relación el Padre; el verdadero amor tiene sabor a eternidad y esto es lo que yo te ofrezco”.

3. El resultado del amor: la plenitud de la alegría (v.11)

“Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado” (v.11). El objetivo del evangelio es llenarnos de alegría el corazón.

¿Cómo podemos caracterizar esta alegría? Si miramos bien el texto notaremos un triple movimiento que va desarrollando el tema:

- Es la alegría de Jesús: **“mi alegría”**. De él parte la alegría.
- Jesús le comparte su alegría a sus discípulos: **“para que esté en vosotros”**.
- Entonces la alegría del discípulo comienza a crecer: **“para que vuestro gozo sea colmado”**.

La vida cristiana es una vida de alegría que tiene su raíz en la certeza de ser plenamente amados, mucho más de lo que nos podemos imaginar o esperar, y en el abandono de la vida –por nuestra parte- en los brazos de Dios. Brota entonces un gran sentido de confianza, de seguridad, de plenitud y fortaleza interior. Es la alegría de Jesús en la nuestra, como lo está su vida en la nuestra, como está su amor en nuestro amor.

Cuando uno mira el panorama, uno descubre con gran satisfacción que, a pesar de todas las circunstancias que vivimos, en el mundo hay personas que han entendido que la mayor alegría de la vida está en causarle alegría a los demás, ellas han descubierto el lugar justo para realizar su vocación de amor y de servicio, haciendo de su vida algo bueno para los demás.

Esta alegría da entusiasmo, genera creatividad y valentía para realizar nuevos proyectos. De repente somos capaces de renuncias que para otros resultan humanamente inexplicables. Porque nos sabemos muy amados por Dios, nos sentimos impulsados a amar mucho más, muchos temores se desvanecen y la vida entonces se llena de sentido en el gastarse por los demás. ¡En todo lo que hacemos, el fuego del entusiasmo arde por dentro!

Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Cómo es una vida en comunión con el Señor? ¿Cómo se relaciona el “permaneced en mí y yo en vosotros” con la Eucaristía?
2. ¿Mis relaciones duran? ¿He vivido alguna ruptura dolorosa? ¿Qué me dice Jesús al respecto?
3. ¿Me considero una persona feliz? ¿De dónde proviene la alegría que ofrece Jesús?

Permanecer en Cristo (III): las expresiones del amor

Juan 15, 9-17

“Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”

Después de colocar los fundamentos del amor (15,9-11), Jesús explica cuáles son sus expresiones, los frutos que brotan de esa savia y que son motivo de la inmensa alegría de los discípulos (vv.12-17). Este pasaje sin los anteriores, carecería de apoyo, y el anterior sin éste, se convertiría en un discurso abstracto -uno más entre tantos- sobre el amor.

En el centro de todo está el amor de Jesús: es tal, que es capaz de redefinir completamente el modo como comprendemos nuestras relaciones con los demás.

1. El mandamiento del amor (15,12 y 17)

Notemos tres elementos que componen la frase de Jesús:

- (1) Jesús comienza con un imperativo: “**Ámense**”
- (2) Jesús le da una identidad propia, lo llama: “**mi mandamiento**”
- (3) Jesús mismo es el contenido del amor: “**Como yo os he amado**”

Para Jesús no hay ambigüedades, el corazón del mandamiento del amor es el “Como yo os he amado”. El comportamiento de Jesús hacia sus discípulos define la “sustancia” del verdadero amor. De ahí que no es un mandamiento genérico sino específico, que se circunscribe al “ser como él”.

¿Cómo fue el amor de Jesús con sus discípulos? Es lo que se responde enseguida en los vv.13-16.

2. Las características del amor de Jesús (15,13-16)

El contenido de los vv.13-16 es la explicación del “Como yo os he amado”. Si miramos las grandes acciones de Jesús con relación a los discípulos, notaremos que son ante todo tres:

- Dio su vida por ellos.
- Los hizo sus amigos y no simplemente sus servidores.
- Les confió la misión.

Sin embargo podemos desdoblar la segunda, en (1) el hecho de llamarlos a su servicio, lo cual no se ha descartado y (2) el convertirlos en sus amigos. Lo mismo sucede con la tercera: (1) los elige, (2) los envía a la misión y (3) les asegura el respaldo firme del Padre en su oración misionera. De ahí que las características distintivas del amor de Jesús por sus discípulos:

- (1) Dio su vida por ellos.
- (2) Les dio la honra de ser sus servidores
- (3) Los llevó hasta la intimidad con él, revelándoles sus secretos

- (4) Los eligió (=separó)
- (5) Los destinó para la misión
- (6) Les asegura el respaldo firme del Padre en la misión (es la obra de él)

La finalidad de todas estas acciones es la formación de la comunidad. Podemos leer entonces, la sección de Juan 15,13-16, así:

- (1) La comunidad hacia dentro: una comunidad de “amigos” de Jesús (vv.13-15). En ella se destacan tres acciones de Jesús, Señor de la Comunidad: su entrega en la Cruz, el llamado al servicio y la relación de amistad.
- (2) La comunidad hacia fuera: una comunidad de “enviados” de Jesús (v.16). En ella se destacan también tres acciones de Jesús, Señor de la Iglesia, que la hacen: comunidad elegida, comunidad enviada, comunidad respaldada.

Veamos:

La comunidad hacia dentro: una comunidad de “amigos” de Jesús (vv.13-15)

El amor de Jesús construye una comunidad de “amigos”. ¿De qué manera Jesús hace de los discípulos, sus amigos? En las mismas palabras de Jesús podemos notar:

- Que Él toma la iniciativa, pero la amistad es “a dos”, por eso espera una respuesta concreta.
- Que los conduce por dos niveles de relación: la del “servidor” y la del “amigo”.
- Que la amistad se concreta en el “querer juntos lo mismo” y para ello pasan por dos etapas: la del “conocer” y la del “hacer”.

Aunque estas tres ideas son transversales en los vv.13-15, se van desarrollando lentamente de uno a otro versículo, en honor a la claridad bien podríamos profundizar en ellas siguiendo el orden de los versículos:

- (a) Juan 15, 13-14: La disposición para el supremo sacrificio de la vida por el “amado”
 - Jesús es el primero que se hace amigo: “*Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos*” (v.13)
 - Jesús espera que nos hagamos sus amigos: “*Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando*” (v.14)
- (b) Juan 15,15^a: “*Ya no os llamo siervos*”. La honra de estar a su “*servicio*”.
- (c) Juan 15,15^b: “*Os llamo amigos*”. Jesús involucra a sus amigos en su proyecto de vida: la revelación de los secretos de familia

La comunidad hacia fuera: una comunidad de “enviados” de Jesús (v.16)

El amigo involucra al otro en su vida. Jesús nos involucra tanto en su vida como en su misión. ¿Y todo esto, para qué? La finalidad de todo es (nótese el “para que”) “*dar fruto y un fruto que dure*”.

Los discípulos, así como Jesús, deben tomar la iniciativa en el amor. Ellos, como Jesús, deben compartir todo lo que son y tienen, y abrir sus corazones con confianza para generar verdadera comunidad. Ellos, como Jesús, deben vivir y morir por los demás para continuar la obra de Jesús de “darle vida al mundo”.

Cuando la comunidad está bien cimentada en amor y el proyecto de Jesús, ella tiene fuerza misionera y transforma el mundo. Esto lo vemos en las tres ideas fuertes que enuncia Jesús, según las cuales la Iglesia es:

- Comunidad elegida (v.16^a).
- Comunidad enviada (v.16b).
- Comunidad respaldada (v.16c).

La Iglesia está en el mundo para “sacar fuera” frutos de la vida del Resucitado que camina en la historia. En este esfuerzo, le pide al Padre por las necesidades –las realidades que necesitan de la mano del viñador- del pueblo para que el plan salvífico-amoroso de Dios comience a actuar en la vida de todos.

Todo lo que comenzó con el amor del Padre –“*Como el Padre me amó*” (15,9)- culmina con la respuesta de los discípulos que viviendo en Jesús siguen abiertos a ese amor en ellos y lo imploran para el mundo entero.

Hemos leído en los últimos tres días, tres maravillosos pasajes del Evangelio. Nos queda ahora un desafío: amar desde la comunión con Jesús. Aceptar el espacio en que vivimos como un desafío para transformarlo a fondo desde nuestros frutos de vida cristiana, asumirlo como un espacio de oración que implora la manifestación de la providencia divina sobre las limitaciones humanas.

Darse de esta forma, en el compromiso y la oración, esto es lo que es “amarnos los unos a los otros”. Este es el verdadero amor, el amor crucificado con Cristo en la Cruz. Su amor comprometido, su amor orante, capaz de transformar todo lo que le rodea y ser luz en medio de la tiniebla, dignidad en medio de la humillación, resurrección en medio de la muerte. Está sí que es amor.

Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué características tiene el amor de Jesús? ¿Cuáles tiene el mío?
2. ¿Qué me dice la frase: “Ya no os llamo siervos sino amigos”?
3. ¿Cuál es la tarea misionera de la Iglesia, a la luz del pasaje de hoy?
4. ¿Mi vida es una contemplación continua de la Cruz donde soy amado, un dejarme escoger por el Señor para dar sus frutos, un escuchar amorosamente sus “secretos” en la lectura de la Biblia y responderle con opciones vitales libres y valientes?

Hay una anécdota del famoso teólogo del siglo pasado, Karl Barth, a quien una vez le preguntaron, “¿*Cuál es la verdad más profunda que Usted ha descubierto en la Sagrada Escritura?*”, a lo cual respondió: “*Que Jesús me ama, esto es lo que yo sé*”.

Cómo amar en situación adversa (I): las actitudes

Juan 15, 18-21

“Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros”

La primera parte del capítulo 15 de Juan fue desplegando progresivamente el tema del amor. Ahora, en Jn 15,18-20, nos encontramos con la otra cara de la moneda: el odio. Mientras el amor le dice “sí” al otro y está feliz porque el otro existe, el “odio” le dice “no” y se esfuerza por eliminarlo.

Precisamente en la evangelización (“*os he destinado para vayáis y deis fruto*”, 15,16), deja expuesto al discípulo en medio de grandes dificultades: oposiciones, presiones de todo tipo, persecuciones, resistencias de parte de los destinatarios, entre otras. De ahí que tenga que aprender una nueva lección: cómo lidiar con las personas y con las situaciones adversas.

Lo común es que una persona que comienza seriamente un camino de fe en Jesús, rápidamente encuentre resistencias en su propia familia, entre sus amigos, en los círculos en que se mueve. En el pasado, cuando ellos compartían sus alegrías ellos reaccionaban positivamente, pero apenas les habla de Cristo lo rechazan. Esto es lo que se llama la hostilidad del mundo y causa mucho desánimo en los recién convertidos.

En el pasaje de hoy Jesús nos ayuda a afrontar la hostilidad del mundo. Para ello da tres cosas básicas que debemos tener presentes:

1. Contemplar el rechazo del Crucificado (15,18)

Lo primero que hay que hacer es comprender que no se trata de nada personal. Jesús dice: “*Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros*” (15,18). Jesús también vivió el rechazo y en Él no había culpa.

No hay que reaccionar con agresividad. Es útil recordar que Jesús vivió la misma experiencia.

2. Tomar conciencia de que se es un hombre nuevo (15,19)

Luego Jesús dice que esto sucede porque el discípulo es ahora una persona distinta a lo que antes era. Por eso dice: “*Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo*” (15,19).

Al mundo no le gusta lo que es diferente. La sociedad siempre lo presiona a uno para que se configure según ella, para que se amolde y ande igual a la mayoría. No es sino recordar que cuando la persona que inventó el paraguas salió por las calles de Londres a final del siglo XIX, le tiraron piedras y tomates porque era diferente. Lo mismo le pasó a la primitiva Iglesia (ver 1 Pedro 4,3-4).

Cuanto un discípulo más se une a Jesús, tanto más se aleja de los criterios de vida del mundo, tanto más es visto como una persona extraña.

Tengamos presente que con el término “mundo” no se está hablando de la humanidad que no pertenece al grupo de los discípulos y a la cual han sido enviados. El “mundo” son las personas que se cierran a sí mismas y no están interesadas en saber nada de Dios como Padre ni de su Hijo Jesús, no les dice nada su mensaje de amor ni sus enseñanzas. Los discípulos tienen que saber que se encontrarán personas así en su camino y que no deben dejarse poner en crisis por el hecho de que ellas los rechacen, los critiquen y los ataquen.

3. Mirar hacia delante, desde la perspectiva del seguimiento (15,20)

La persecución no puede ser evitada, pero sí puede ser manejada con una actitud cristiana distinta. Aún en esto el comportamiento de un discípulo debe ser diferente al de una persona del mundo. Por eso Jesús llama la atención enseguida sobre el seguimiento de Él: **“Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es más que su señor”** (15,20^a).

El discípulo comparte el destino de su Maestro: **“Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán”** (15,20b). Precisamente esta es una consecuencia de estar unidos a Jesús, como los sarmientos a la vid: cuanto más se une un discípulo a la gracia de su Señor, tanto más experimenta su Cruz.

Todo este odio del mundo hay que verlo desde la raíz más profunda: es continuación de la cruz de Jesús. Uno no puede eliminar la persecución, al menos de la manera como uno quisiera.

Pero también hay buenas noticias. Este último punto es importante: **“Si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán”** (15,20). No se puede olvidar que muchas cosas buenas pasarán: habrá quien escuchará y cambiará.

4. El problema mayor: el rechazo de Dios (15,21)

Jesús identifica la causa del rechazo: el problema es el rechazo de la revelación de Dios hecha por Jesús, **“porque no conocen al que me ha enviado”** (15,21b).

La mayor parte de las persecuciones suceden por esto, porque creen que conocen a Dios, pero en realidad no lo conocen. El punto aquí es importante, porque en Jesús ha habido una revelación inédita del rostro de Dios.

Se manifiesta así un nuevo tipo de pecado. Con la revelación del Padre y de su amor, realizado en las palabras y obras de Jesús, se hace posible un nuevo reconocimiento o rechazo, un “sí” o un “no” de calidad hasta ahora desconocida. Puesto que Dios hasta el momento no era conocido como Padre de Jesús, él no podía ser rechazado como Padre. Pero ahora que ha sido revelado como Padre de Jesús, el rechazo de esta revelación constituirá un rechazo aún más profundo del Dios que era apenas conocido genéricamente (ver el v.24).

En los versículos siguientes (vv.22-25), Jesús dice que sus detractores no tienen excusa porque oyeron sus palabras y vieron sus obras. Entonces la condenación es doble. Al rechazar las obras de Jesús, rechazaron al Padre. Dice entonces que fue para que se cumpliera la profecía: “*me odiaron sin motivo*” (Salmo 35,19; 69,4).

Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Cómo se conectan entre sí la unión con Jesús y el rechazo del “mundo”?
2. ¿En qué aspectos tengo conflictos con el “mundo”? ¿Cómo reacciono cuando alguien me desprecia por mi opción por Jesús?
3. ¿Por qué la revelación que Jesús hace del Padre hace posible un nuevo tipo de pecado? ¿Qué me dice esto?

P. Fidel Oñoro, cjm